

El género femenino en la toponimia de montaña asturiana

Julio Concepción Suárez

Primavera, 2000

Texto completo publicado en:

["El género femenino en la toponimia de montaña asturiana", en *Etnografía y folclore asturiano: conferencias 1998-2001* \(pp. 53-75\). RIDEA.](#)

Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo. 2001

Introducción y objetivo.

Las palabras que siguen son un aspecto más de un trabajo mucho más amplio sobre la toponimia de la montaña asturiana, desde Santirso de Abres hasta Peñameñera Baja, y a una altura por encima de los 600-700 m. Un trabajo pateado de braña en braña, con el objetivo de recoger para informatizar todo un mosaico de topónimos, cada primavera un poco menguado, siempre que un pastor o un vaquero ya no vuelve a su cabaña.

El tema resulta hoy de particular interés en un momento en el que la toponimia, los nombres de los lugares a cada paso, atestiguan el valor que los pobladores de las montañas, fueron dando a su *tierra*, en cada palmo de terreno desde un tiempo inmemorial: todo espacio útil, productivo, significativo en algún aspecto, lleva su nombre correspondiente, en una *oposición*

masculino / femenino, que no ha de ser casual.

En principio, la *tierra* es mucho más que el *suelo*, que el *terreno*, que un *lugar concreto* (masculinos todos ellos)

Aquella preocupación por la fecundidad de un paraje contrasta fuertemente con lo que está ocurriendo hoy en ciertos proyectos: mapas que desconocen los nombres autóctonos, folletos propagandísticos con un mal disimulado desprecio del entorno rural, han convertido una *tierra*, siempre más o menos productiva, en simple *suelo* especulable (ya en latín *sōlum*, simple 'superficie, piso, pavimento' sin más). En un simple lugar de venta o pasatiempo, tan alejado de expresiones como *productos de la tierra, el valor de la tierra, el amor a la tierra, el sabor de la tierra...* *A miña terra*, que dicen *os galegos*.

Por lo que nos dice la toponimia femenina en cualquier montaña, la *tierra fe-*

cunda nunca fue sólo un *terreno* exiguo, explotado para el ocio o el negocio, aunque sea adornado con asfalto y merenderos, donde hubo cabañas milenarias.

Por lo menos, tendrían que sobrevivir simbólicamente esas cabañas al par de *los chalecitos con plaquetas amarillas*: allí estaban ellas primero, y así nos lo habrían de recordar.

Nada educativo lo contrario, por cierto: pues sin huellas, sin vestigios de vida rural en las montañas, no habrá forma ya de investigar el entorno en pocas décadas (entorno antropológico, botánico, alimentario...). Tal vez sea ésa la excusa para inventarlo.

Porque cuando la *tierra* se pretende convertir en simple *suelo* especulable, lo de menos es la vida de esa *naturaleza* habitada que la rodea; la *tierra* que produce pastos, plantas y frutales; maderas, aguas, yerbas diversas; el escenario de caminos tan trillados entre regiones vecinas; la *tierra* que dio vida a los poblados fonderos; la que motivó fiestas campestres, amores al aire libre, *xanas*, ermitas, dioses y diosas, a la medida sus personas.

Ciertamente, *la tierra*, las entrañas fecundas de las montañas, la naturaleza conquistada al monte con tantos años y trabajos, es mucho más que el *suelo*: es más que el simple *terreno* que poseemos, reservamos, manipulamos o pisamos. La *tierra* es mucho más que un *lugar* concreto (lat. *lŏcus*, 'sitio, emplazamiento', sin más). Lo dice la toponimia también, como veremos.

El género femenino en las monta-

ñas

Una primera nota distintiva se ofrece en la conversación relajada con cualquier lugareño, al hilo de una senda o al mor de una cabaña: toda una panorámica de léxico y topónimos femeninos van surgiendo por las *mayadas*, por las vertientes sobre los pueblos, en las encrucijadas (las *encruceyas*) de caminos, o sobre las peñas más encrespadas.

Y con léxico y topónimos se va llenando de vida femenina el silencio de una jornada en la montaña: las *vegas*, las *guarizas*, las *morteras*, las *palazanas*, las *veredas entre las peñas*, las *campas* y *camperas*, las *tierras de semar*; las *matas de frutales*, las *cuevas* y *covachas*; *pandas* y *xerras*; *regueras*, *rías* y *riegas*; *llagunas* y *llamazugas* (que dicen los cabraliegos de Los Picos); las *tsagunas* y *tsagunietsas...*, en el decir de somedanos, tinetenses, alleranos, quirosanos..., según los casos.

No por casualidad, llevan todas ellas nombres femeninos: algunas no tienen correlatos masculinos siquiera. Y otros como *campo*, *lago...*, tenían sentidos muy reducidos, limitados, tiempo atrás.

Es la vida que gesta y que produce: *la tierra madre*

Una extensa toponimia recoge toda esa vida fructífera que da una efigie fecunda a los parajes: las *frutas asilvestradas* (*ablanas*, *nueces*, y otras *bayas*); las *plantas medicinales* (*xanzaina*, *cirigüeña*, *arzoia*, *nielada*, *rúa*, *tila...*); las *flores* de las praderas; las *florestas* de las retamas; la *savia* de la arboleda; las *fueyas* y *frondas* de tonos ocre en la otoñada... En fin, las *fuentes* y

fontanas más generosas en plena *calisma* agostiega, son palabras femeninas todas ellas. La misma *calisma* es mucho más que un día de *calor*.

En consecuencia, tal vez la toponimia exprese aquella forma de ver *la tierra*, que recoge la famosa carta del indio Seattle, enviada al presidente de EE.UU. allá por los años 1860, en rechazo a la oferta de explotación y compra de sus tierras, para echarlos de sus selvas indígenas:

“Los muertos del hombre blanco – dice Seattle- olvidan su país de origen cuando emprenden sus paseos entre las estrellas: en cambio, nuestros muertos nunca pueden olvidar esta bondadosa tierra, puesto que es la madre de los pieles rojas.

Somos parte de la tierra y, asimismo, ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas [...] Las escarpadas peñas, los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia”.

Y sigue más abajo la extensa y preciosa carta:

“Todo va enlazado [...] Enseñen a sus hijos –reprocha Seattle a los blancos- que nosotros hemos enseñado a los nuestros que la tierra es nuestra madre. Todo lo que ocurra a la tierra les ocurrirá a los hijos de la tierra” [...]

Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra [...] Todo va enlazado, como la

sangre que une a una familia. Todo va enlazado”.

En el lenguaje toponímico es evidente el sentido primitivo de *la tierra* como fuente inmediata, de vida y de alimento: algo sagrado, digno de respeto maternal, que no debiera ser objeto de especulación siquiera, tal como insiste Seattle en esta sentida carta.

En concreto, y ya en nuestras montañas, a juzgar por la toponimia, se diría que las referencias más abundantes a la *flora* y a la *fauna* que gesta y anima la vida en laderas y brañas, fue pensada en femenino: *Las Guarizas, Les Bobies, Les Robeques, Las Porquerizas, Cabrales, La Cuaña les Cabres, La Cuaña les Vaques, La Faisanera....*, como iremos viendo (según las zonas asturianas).

Y como la *tierra madre*, la mayoría de frutales llevan género femenino en asturiano

Baste pensar en las mismas plantas. Una gran mayoría, por ejemplo, de frutales, frente a lo que ocurre en otras lenguas, llevan género femenino en asturiano: *la cerezal* (y no *el cerezo* castellano); *la castañar* (y no *el castaño*); *la peral* (y no *el peral*); *la peruyal, la pescal, la mostayal, la espiner, la carquexa, la tilar, la nisal, la ciolar, l'arandanera, la moral, la bruselar...*

Abundan paralelamente los topónimos femeninos en cada caso: *La Yana las Peruyales, Castañera, La Cuesta la Mostachal, La Mayada d'Espineras, La Carquexa...* Hasta las *coplas* y las *puyas* sobre las plantas son femeninas también:

*“Si la casada supiera,
para qué sirve la rúa,
trasnochara y madrugara,
pa coyela con la luna”;*

según dicen en los pueblos, anticonceptiva, abortiva... (los riesgos son otra cosa)

Sendas / senderos; calzadas / caminos

Hasta *las sendas* (lat. **semĭtam**, ‘camino de a pie’) son más amplias que los *senderos*, y nos sacan más seguras de *abismos* y *precipicios* (masculinos éstos). De los *senderos* (lat. **semitarium**, ‘a modo de senda’), más estrechos, pendientes, o en zigzag, *hay que fiarse menos*: femeninos han de ser *La Senda’l Cares*, *La Senda l’Arcediano*, *La Senda’l Cartero* (sobre Los Beyos), *La Ruta l’Alba*...

También una *pedrera* es un tramo amplio de camino, con piedra bien ensamblada, uniforme, que facilita el paso humano y de carruajes. En cambio, un *pedreru* es un tramo de piedra desmoronada, amontonada al azar, que dificulta la andadura, o corta el camino cuando se estira imparables, ladera abajo de la montaña.

Y una *calzada* (lat. **calcem**, ‘talón, pie’, y ‘piedra caliza’) es el camino amplio que da acceso a las parcelas interiores de una *mortera*, *una iría*, *una cortina*..., para el trasiego acordado de carruajes diversos; o es el camino empedrado y ancho, que ya usaron los romanos para cruzar holgadamente las montañas al filo de las cumbres.

La *calzada* siempre es más amplia, uniforme, espaciosa, que el *camino*. Es el caso de lugares como *La Calzada*, *La Calzá*,

Calzadilla..., en diversas toponimias regionales. También una *vía romana* tiene más *pedreras* y es más uniforme que un *camín real*.

De ahí la puesta en duda de tantas *calzadas romanas* en Asturias: de hecho, los nativos de los pueblos llaman a la mayoría *camín real*. Una *calzada* implica una técnica que no llevan los *caminos*: diversos estratos de caliza triturada, un trazado en declive suave, a una distancia calculada de la cima, etc. Los demás son *caminos*.

Montaña y monte

Como *la tierra*, *la montaña* (frente a *monte*) es amplia, acogedora, espaciosa: y así decimos, *pueblos de montaña*, *productos de montaña*, *excursión*, *rutas de montaña*...; y no **pueblos de monte*, **productos de monte*, **turismo de monte*...

La *montaña* es el todo: el conjunto, el producto de los *montes* locales combinados; el espacio habitable de las brañas; el suelo que produce; el paraje abierto y transitable; el *territorio* que da vida a las personas y a las cumbres.

El *monte*, en cambio, es el espacio individual, más o menos estéril, o montaraz muchas veces; es lo inhabitable, la espesura intrincada, el matorral, lo que sólo sirve de paso hacia la altura. El *monte* es a veces el desecho, lo que ya no es terreno productivo (de ahí expresiones como *tira a monte*, *fi-zose monte*, *queda pa monte*; *ya ye monte*, *nun val pa ná*...).

Siempre unidas por la lengua, las palabras tierra y mar

En este contexto de palabras y acti-

tudes, muchos topónimos femeninos deben el nombre como adjetivos de la palabra *tierra*: *L'Ablanea, Nocea, La Redondiella, Güeria, La Fresnosa, La Plana, La Yana, La Frecha, La Frieria, La Magrera, La Cubiella, La Llonga, La Primaliega, La Envernosa, La Inverniga...* (montes alleranos, cabraliegos, quirosanos, somedanos...).

Es decir, *tierra* propicia a las '*ablanas o a las nueces; tierra abundante en agua, o en fresnos* (imprescindibles sus ramas, tiempo atrás); *tierra redondeada, tierra fragmentada, tierra fría; tierra rojiza, encuevada, alargada, temprana para los pastos de primavera; propicia para los rigores del invierno...*', según los casos.

Se diría que *la tierra* fecunda, el suelo al que dieron formas tan diversas las génesis de las montañas, fue visto ya por los primeros pobladores, como la madre generosa, protectora, al alcance de todos cada primavera, cada otoño y cada invierno, siempre más o menos dadivosos en frutos, alimentos y cobijos.

Algo así como *la mar* (frente *al mar*): *la mar*, siempre inagotable; extensa, completa, inmensa en su conjunto, y en principio. *El mar*, en cambio, parece visto como parcela limitada; reducido en millas y en fronteras; escaso en ocasiones, esquilado en ciertas épocas. Y hasta traicionero tantas veces: el marinero se hace a *la mar*, pero se lo lleva el *mar* (siempre *un mar* local, embravecido y, desgraciadamente, muy concreto).

Me decía un marinero que ellos emplean *la mar* como término cariñoso, porque allí está su vida; los de tierra adentro

usan más bien *el mar*.

Y frente a *la tierra y la luna*, masculino *el sol*

No por casualidad, la misma palabra *tierra* ya en indoeuropeo (**ters-ā*) tenía el sentido de 'seca'; lo mismo que *la luna* (ind. **leuk-*) significaba 'luz, esplendor'. Pronto hubieron de tomar ambas el género femenino, por contraste con *el sol*.

Las diferencias femenino / masculino parecen lógicas en contextos tan precarios. En épocas nómadas remotas, sin cultivos intensivos, la *tierra* ya debía ser 'lo grande, lo que produce espontáneamente; la que ofrece cobijo en *cuevas, grutas, covachas, cabañas*, rústicas *casas*' habitables (femeninas todas estas palabras y topónimos correspondientes).

El sol, en cambio (ind. **sāwel-*), tan lejos de los telescopios y de la astrofísica entonces, sería visto por los primitivos, casi como por nosotros hoy mismo, desde cualquier *picacho*, por mucho que nos estiremos a ver; y por altos que ascendamos: algo muy pequeño y lejano. Todo lo contrario de lo que permite la *tierra*: cuanto más altos en un *picu*, más inmensa la panorámica en la redonda.

El sol sería contemplado incluso como un *dios* (protector, que cura enfermedades, fuente de luz, saludable...), pero siempre alejado y pequeño comparado con la *tierra* inmensa o con *la mar*. Y se quedó masculino el *sol*.

***La luna* hiperactiva activa en sus crecientes y menguantes**

Como *la tierra*, hubieron de enten-

der ya las lenguas prerromanas el género femenino de *la luna*: *la luna* produce, mucho y a su tiempo; cambia de rostro, crece y mengua, y hasta parece que alterna el humor según las épocas. De algunas *vacas* se dice que se vuelven *tsuniegas*; es decir, que salen en celo todas las lunas.

Bien saben de los efectos fecundos de la *luna*, los vaqueros, los agricultores con las eras, los marineros en las mareas; los enamorados en luna llena; y lo saben las madres en los pueblos de montaña, cuando se va acercando la hora de dar a luz (será siempre al *cuartiar* la luna).

Con ciertos *cuartos de luna*, *cambia el tiempo, aprieta el reuma* –precisan en los pueblos-, *se insiertan los árboles, se ponen las eras, se corta la madera pa que dure, se trasplantan los plantones o esquejes* de cualquier siembra. Hasta se *espicha* la sidra *pa que nun file*.

Pero las lenguas primitivas fueron dejando en masculino un *sol*, en nada comparable a la fuerza productora y reproductora de *la tierra y de la luna*.

Nombres femeninos desde las casas hasta la braña

De paso por los pueblos hacia los altos de las *mayadas*, va tejiendo la andadura un mosaico de nombres femeninos hasta la falda de las mismas peñas: sirva el ejemplo actual de los topónimos que van quedando en las extensas y empinadas *Morteras* quirosanas, colgadas de las vertientes meridionales del Aramo.

Es el caso de lugares que fueron tierras sembradas hasta por encima de los mil

m: *La Morteras, Las Panizaliegas, Las Michariegas, La Irías, Las Guarizas, Linares, Las Llinariegas, Las Viñas, Las Viñuelas*, incluso; *Las Ordaliegas, Las Orderias, Las Ordiales...*, de los mismos altos.

Y hasta, *La Ortigosa, La Cardosa, L'Ablanea, La Nozalera, Las Cerezales, Las Cereceras, Las Mostayeras, La Rebotsaliega...* A la falda de *La Mostayal* morciniega, hay marcas de cierres para *cavás y borronás* que fueron sembradas de patatas o cereal. Todo un mosaico de parajes productivos hasta casi estos mismos días: *escanda, panizu, michu, lino, cebada, viñas...*; o *ablanas, nueces, bellotas, mostayas...* La dieta milenaria.

Las mismas brañas llevan, en su mayoría, nombres de resonancia femenina: *La Peral, Tsamaraxil, Tsamaradal, La Pornacal, Sousas, Murias Tsongas, Braña Narcea, Las Brañolinas, Bobias, Güeria, La Vachota, Mayá Vieya, La Fresnosa, La Carbazosa, La Valencia, La Barcelona, Vegarada, La Tabierna, Mericueria, Canietsa...*, en los altos de Somiedo, Cangas del Narcea, Quirós, Aller, Lena, Caso...

La braña, lo más fecundo del puerto

La referencia de *braña* no es la del *puerto*: la palabra no se aplicó, en principio, a un espacio geográfico concreto, reducido, sino a toda una actividad rica y fecunda, con los mejores pastos y productos tras el invierno, antes de los rigores y sequías *agostiegas* del estío.

La palabra *braña* procede, según parece, de la etimología ***veranea**: la época relativa al 'verano', la primavera tardía; es decir, todo el tiempo que va desde media-

dos de mayo hasta el mes de julio: cuando las yerbas, los productos ganaderos en las cabañas, son más generosos y abundantes.

La *braña* era la época de abundancia en *manteiga*, *queso*, *llechi*... –que dicen los pastores cabraliegos; era el tiempo de mejor comer, y hasta de sanar con los aires de la cabaña, o con las aguas de manantial. La *braña* era aquel único *veraneo* de personas y ganados. Y hasta se convertía en el mejor solaz de todos y de todas:

“Ya mandéi las rapazas pal puertu,
pa que se cargaran pronto las becerras:
ya baxaron las becerras manías,
ya las rapazas preñadas”

-me recordaban con gracia el dicho en alguna *cabana* occidental, tiempo atrás-.

En cambio, el *puerto* (en principio, simple abertura, paso, *puerta* estrecha) sólo hacía referencia al paso alto que comunicaba una vertiente de la montaña con la opuesta, perteneciente a otra cuenca, a otra parroquia, a otra región vecina. El *puerto* es una entrada o salida (según se mire) a los montes altos entre comunidades distintas, enfrentadas por los pastos.

De ahí el paso inmemorial e imprescindible por los *puertos de Payares*, *San Isidro*, *Vegarada*, *Tarna*, *El Pontón*, *La Vachota*, *El Palo*, *Ventana*, *Tseitariegos*, *Somiedo*... En realidad, la vaguada del antiguo paso de ganados, transhumantes y carreteros por lo menos malo de la montaña. La comunicación de la Meseta con el mar.

Posteriormente, la voz *puerto* se extendería a todo el conjunto productivo de *las brañas* y *las mayadas*. Lo mismo entre

pastores que entre vaqueros, *dir pal puertu*, es simplemente ‘subir a los altos’: cada uno, al suyo.

Portudera: un puertu de sembradura, de era

Un ejemplo significativo parece el caso cabraliego de *Portudera*, *Los Puertos de Era* –que interpretan algunos- (sobre los 1400 m), en los altos de Arenas: un rellano espacioso entre abruptas montañas por todos lados, pero cultivado en el verano tiempo atrás.

En *Portudera*, el *puertu* es el paso por los altos de Sotres y Tielve hacia Cantabria, Áliva, Liébana...: queda el dato de la amplia y bien empedrada *calzada de Caoru*. Pero *la era* suponía lo más importante, lo más productivo, lo más aprovechable del contorno del *puertu*. Algo así como ‘los puertos de sembradura’ en el verano.

En el topónimo, la voz *puertu* fue reconvertida al género femenino en tiempos en los que el paraje fue abundantemente sembrado por los pastores y sus familias: todavía se recuerdan allí las tierras de labor en las fincas, con buenas cuerdas y cabañas, en parte conservadas hoy.

Tener mayada en la braña

La misma voz *mayada*, como la de *braña*, es bastante más que el *mayáu*: *tener mayá* entre los vaqueros es tener derecho a todo el conjunto de *mayaos*, comunitarios, más un espacio para levantar *cabana*, *cueras* y *veyares*; el que *nun tien mayá*, *nun pue facer cabana*. Y *amayadar* es entre los pastores de Los Picos una actividad completa: cuidar, ordeñar, el ganado en tiempo de

verano; vivir en las cabañas.

De modo que *tener mayá* supone disfrutar de todos los derechos de la braña: derecho de *vecindad*, *fecha de acceso*, *número de reses*, *otsera*, *llábanas*, *tapinos* y *xenestas para el techo*, *peornos para el fuego*, *fuelle*, *acuerdos comunitarios*... El *mayá*, en cambio, es sólo un rellano cualquiera donde sesteaba y mosca el ganado; o una parcela dentro de las camperas que forman la *mayada*.

Y hasta la mayadas llegaban seguras la vacas madrinas, más de fiar

A las *mayadas* llegaban en primavera tardía los ganados, con su *vaca madrina* al frente: *la vaca guía* en la vertiente asturiana de los *vaqueiros* (me confirma el antropólogo Adolfo García). Hace poco decía el cantoautor Labordeta, en un reportaje por las tierras de Babia, que allí conservaban muy bien la tradición de *la vaca madrina*.

Su misión de buena madre era muy concreta: en las largas andaduras hacia los puertos altos, las madres colocaban a los más pequeños en una cestilla de *blimas*, que asentaban con cuerdas entre los cuernos de algunas vacas más de fiar (la del *cencerru*, sobre todo, por supuesto).

Me contaba también Adolfo que los *vaqueiros de alzada* aseguraban la vida de los pequeños con unos cuantos amuletos que colgaban de la *oreya* de la vaca, para ahuyentar todo posible maleficio o *meiga* mala. Colgaban una bolsita con diversas flores a modo de talismán disuasorio. El viaje de los zagales quedaba con póliza de seguro y todo.

Aparte ahora la valoración y el riesgo del hecho, la costumbre debió ser frecuente hasta hace poco más de un siglo, pues en los años 70 un vecino de La Rúa de Campomanes me decía haber oído esta costumbre a su *güelu*, cuando subía el ganado hacia las caserías altas de los cordales lenenses.

Coinciden las dos versiones a uno y otro lado de Las Ubiñas entre *babianos* y *vaqueiros*. La *vaca madrina*, es otro ejemplo de seguridad femenina por los caminos de la braña. El caso es que no existe una versión paralela en masculino: ni en recuerdos ni en palabras.

Los sufijos productivos de la montaña

Los mismos lugares que recuerdan los frutos más codiciados de la braña son femeninos: *La Fuente la Leche*, *La Tsomba la Leche*, *Pena Manteiga*, *La Vega las Mantegas*, *La Vachina las Mantegas*, *La Fuente la Otsera*... Y otros como *Las Becerreras*, *La Xatera*, *La Cuaña les Vaques*, *La Cuaña les Cabres*..., ya famosa del Angliru.

Llevar, asimismo, formas femeninas todos los parajes que indicaban algún producto o utensilio imprescindible para aquella precaria vida en las cabañas: *La Piornosa*, *Xinistrosa*, *La Cardosa*, *L'Argumosa*, *La Gorbizosa*, *El Vatse la Xanzana*, *La Salguerosa*, *La Jaeda*, *Nembra*, *La Maza*, *Les Maces*, *Mazariezas*, *La Hedrá*, *Les Bedules*, *La Texa*, *La Sota*...

Porque imprescindibles eran por el verano en las montañas *los peornos* y *xenestas*, para las techumbres, o para el fuego; *la xanzana*, para el estómago; *los car-*

dos, para los animales; *los terrenos*, para los *sergones de las cámaras*; *los abedules*, *las hayas*, *el bosque espeso*, *los texos...*, para tantos tipos de *aperios* domésticos y artesanales (*escudrellas*, *tazas*, *cuyares*, *zapicas*, *xarras*, *cestas...*). Todo un aprovechamiento de recursos con nombres femeninos.

Como femeninas son muchas gamas y coloraciones de la tierra

Muchos tonos y colores de un paisaje llevan nombres femeninos: *La Magrera*, *Las Reblagas*, *La Roble*, *La Robliza*, *La Róbriga* (en realidad, tierras rojas, ruborizadas); *La Roxa*, *Les Roxines*, *Las Arroxinas*, *Las Rubias*, *Las Mermeyas*, *Torre Bermeja*, *Peña Bermeya*, *Cuaña Bermeicha*, *Las Verdes*, *La Verdilluenga*, *Peña Blanca*, *Sierra Blanca*, *La Colorada...* O *Pena Negra*, *La Tenebrosa*, *Cuascura...* (altos de Somiedo, Picos de Europa, Amieva, Ponga, Caso...).

Las zonas preferidas por cada especie animal son femeninas en su mayoría

Los lugares en la querencia de los animales (*sesteo*, *pernocta*, *moscaderu...*) abundan también con palabras y morfemas femeninos: *La Yana las Perdices*, *La Faisanera*, *La Falconera*, *La Pena l'Aila*, *L'Azorea*, *Zurea*, *Las Robequeras*, *Pena Corvera*, *Cabrales*, *Pena Cabrera*, *Pena Cabritero*, *La Caballuna*, *Cochá Potrera*, *Las Porqueras*, *Las Porquerizas*, *La Trapa*, *La Trapiella*, *La Canal Vaquera...* (altos de Cabrales, Picos de Europa, Aller, Sobrescobio, Caso...).

Otros tantos parajes para la estancia o el paso preferido por *perdices*, *halcones*, *águilas*, *azores*, *urogallos*, *faisanes*, *cabras*, *corzos*, *robezos*, *caballos*, *xabalinos...*, ani-

males del monte en general. Lo saben bien cazadores y alimañeros: parajes paradójicamente buenos y malos a un tiempo para unos mismos animales (lugares de espera, *tampas*, *cacerías...*).

Las aguas fecundas: llagunas, llamazugas...

Las mismas aguas de los ríos tienen muchas sonido femenino: *río Lena*, *río Güerna*, *río Narcea*, *Navia*, *Sella*, *Güña*, *Nora*, *Pigüña*, *Piloña*, *Dobra*, *Deva...* Y en otras hidronimias regionales: *río Bidasoa*, *Besaya*, *Nansa*, *Saja*, *Pisuerga*, *Esla...* Varios estudios aluden a la divinización femenina de las *aguas*.

Y es muy claro el caso de tantas aguas que brotan a raudales, o a borbotores, en forma de *surgencias*: *La Fervienza*, *La Saliencia*, *La Salencia...* (raíz indoeuropea **sal-ia*, 'corriente de agua'), *La Farfada*, *La Bisbitero...* Y tal vez, deformaciones como *La Escelencia* (en los altos de Laviana).

O de tantas ciénagas y *lamas*: *llamas*, *llamargas*, *llamazugas*, *riegas*, *regueras*, *fontaniellas...*, que inundan nuestras montañas en ciertas épocas del año sobre todo, origen de tantas *Llamas*, *Las Tsamas*, *Tsamaraxil*, *Tsamaradal...*

Pues son muy fecundas las *llagunas* de temporada: primero, sirven de abrevaderos, concentran animales al *sesteo*; y luego, al secarse o bajar sus aguas, producen una espesa y abundante flora y fauna en sus alrededores; las *llagunas* son esperas de caza, reencuentro con ganados extraviados, etc.

Riegas, tremas, fuentes...

Algo parecido ocurre con las *riegas*: son más bien riachuelos de temporada, más anchas, más estables, más abiertas y soleadas que los *regueros*. Y mucho más amplias que un *riegu*: simple conducción de agua ocasional, que se hace para regar una finca (una *presa*, según las zonas).

Por esto, en el verano, ya sin aguas caudalosas, *las riegas* producen una abundante yerba espesa, verde y tierna en sus riberas, que sirve de alimento a los ganados, una vez agostados los pastos en las camperas. Muchos lugares hay llamados *Las Verdes, Ribiecha, La Ribaya...* Los *regueros*, más sombríos, cerrados, boscosos, son bastante menos preferidos por los ganados.

Y lo mismo habría que decir de las *tremas, tremonas, trieldas...* Estas zonas húmedas (tremedales) al ritmo que van secando en el verano, van produciendo una variada flora de plantas aromáticas, yerbas tiernas, esponjosas, siempre verdes, succulentas..., muy codiciadas por los animales, a medida que va agostando el pastizal. Insoslayables lugares de espera y reencuentro también.

La madre del río, la madre'l agua

Hasta donde nacen, brotan o se juntan los ríos, llevan nombre femenino: *La Madre'l Casañu, La Mecedura de los Ríos, La Fontona...* Y si no había nombre, femenino se le inventaba: *La Fuente la Nalona, La Fuente Alba, Las Fuentes del Narcea, La Fuente'l Nacimiento, El Madrigal...* O la misma ciudad de *Madrid* (¡quién lo diría!): lugar de abundantes acuíferos y corrientes subterráneas, como bien saben los constructores madrileños.

En los pueblos también llaman *madre'l agua* a esa presa, o *riegu anchu* que se hace transversal en los caminos, allí donde, por inclinación natural, las aguas tienden a cortar rectas o verticales ladera abajo: así, *l'agua tien que dir per so madre*, se dice a alguien cuando se opone a que, en época de abundancia, las aguas inunden su finca por tendencia propia.

Por otra parte, las *rías* también parecen vistas como más productivas que los *ríos*: amplias, espaciosas, tupidas de plantas en las marismas, con pastos alrededor y por el medio a veces.... Es el caso de topónimos como *Riabona, Riafrecha, Riaña...*: *rías buenas, rías quebradizas, rías pequeñas...*, según los casos. En sentido paralelo están *ribayas* y *ribayos*.

Los lugares habitados con nombres femeninos

Ya desde antiguo, algunos poblamientos fortificados en los altos llevan resonancias femeninas: *Tolóbriga* (posible origen de los pueblos tuizanos de Lena); o *Tilóbriga* (luego, *Teverga*). Y fuera de Asturias, *Julóbriga* (ciudad romana cántabra); *Sanábriga* (Puebla de Sanabria); *Coímbriga* (ciudad romana portuguesa, origen de la Coimbra actual).

Parece que la misma raíz sufija prerromana llevaba sentido femenino: ***tul-**, ***twr-** ('altura'), más **-briga** ('fortaleza'). En definitiva, 'altura fortificada'. Nos queda el actual despoblado de *Tolibia* sobre las profundidades de Los Beyos, al límite de Ponga con Sajambre.

A la falda de las montañas, ocurre algo parecido con otros lugares mayores:

una puebla (como antes, *la villa, la casería rural*) es un 'poblamiento grande': espacioso, central respecto a un conjunto; bien comunicado, abierto en medio de los valles; más urbano que rural, más comercial que rústico y ganadero, aún en el conjunto agropecuario.

Una *puebla* supone un poblamiento siempre relativamente más reciente respecto al conjunto de pequeños poblados que aglutina y comunica. Es el caso de tantas *polas* (*Pola de Allande, Pola de Siero, de Lena, de Laviana, del Pino...*). Y tantas otras distribuidas en diversas regiones y lenguas: *Pobladura, Poladura, Polación, La Polina...* O tantas *Pobla, Pobleta, Poba...*, catalanas, portuguesas...

Pasos holgados y pasos más precarios

De paso por caminos de pastores, conservan los cabraliegos también precisas distinciones toponímicas: los que llevan género femenino aseguran mejor la andadura que sus correlativos masculinos.

Así, lugares llamados del tipo *L'Armadura, L'Armada, L'Armaína*, suelen ser construcciones elevadas, aéreas, sobre precipicios, más amplias y mejor compactadas que los llamados *L'Armáu, Los Armaos*.

Más aún, *las armadas* suelen estar en pasos importantes, construidas de manera definitiva, pues no las lleva el agua cada invierno; no tienen que reconstruirlas los pastores cada primavera en su vuelta a las *mayadas*: tienen piedras mayores, buenos maderos, etc.

En cambio, los *armaos* están en lu-

gares más difíciles y precarios, en caminos más estrechos, expuestos a *los trabes, los derrribes, los argayos*, de modo que se los llevan con frecuencia torrenceras y nevadas; tras los inviernos, hay que recomponerlos con otra vez antes de subir al *puertu*.

La Posa, La Pasa, La Poisa..., suelen ser encrucijadas donde se detenían vaqueros y vaqueras a platicar holgadamente; o a intercambiar novedades en sus idas y venidas cada día a sus ganados. *Pasafrío, El Posaúriu, El Pasu, El Pasu Malu...*, en cambio, son más bien simples lugares de trasiego sin costumbre arraigada para el descanso: lugares más expuestos a los vientos, más fríos...

Los que llaman *La Traviesa, Los Traviesos* (muy abundantes en Picos de Europa) son sendas para cruzar por lo menos malo una ladera pendiente, un *jou*, un *pedreru*; *El Trabe*, en cambio, todo lo contrario: hasta corta el paso del camino, entrado el verano, incluso.

La Puenti, Las Puentes...

La Puenti, Las Puentes, La Pontica, La Pontiga, La Pontona, La Pontota... Más sonadas son *Pontevedra* ('la puente vieja'), *Ponticiella* ('la puente más pequeña'), *Ponferrada* ('la puente con barandillas de hierro')... Femeninas todas ellas.

En principio, eran antiguas puentes de madera (femeninas ya en latín), construidas sobre zonas apacibles de los ríos, por las que se pasaba sin mayores dificultades; ofrecían paso seguro, incluso en las torrenceras. *Las puentes* suelen ser más sólidas, más duraderas, y cuando las lleva el río se reponen de inmediato por su función

comunicativa imprescindible para el paso humano o ganadero.

El Puente, El Pontigu..., en cambio, suelen ser puentes también de madera y piedra, pero sobre lugares estrechos, con frecuencia arrastrados por los *hinchentes*, de modo que no aseguraban el paso en algunas temporadas invernales. Menos imprescindibles y seguros que *las puentes*.

De la distinción morfológica debe quedar el dicho en las montañas:

“Setiembre,
o seca las fuentes,
o lleva los puente”

Pero no dice el refrán que el exceso de lluvias se lleve **las puentes*, a pesar de que están en el *palabreru* con su morfema femenino.

Las Cuañas

Topónimos como *La Cuaña, La Cueña, La Cuandia*, son lugares de paso en roca, también holgados, por parajes divisorios de lomas en las que se abre un paisaje completamente distinto al cambiar de vertiente (tal vez, lat. *recōndita*, ‘escondida’). Una parte queda siempre oculta en cualquier dirección de la andadura.

Por el contrario, en masculino están *El Seu, El Sedu, El Sedu Armáu, Los Sedos* (lat. *ĕxitu*, ‘salida’), en referencia a la única salida menos mala por una vertiente empinada; o por un crestón rocoso con precipicios por una o por ambas laderas.

Colladas y collaos

Más amplias que *El Colláu, Los Cochaos*, son siempre *La Collada, Las Cochás*.

Las *colladas* son lomas que comunican dos laderas; suelen ser altas, vistosas, soleyeras, apacibles, placenteras para los ganados, no sólo por sus yerbas sabrosas al filo de la cima, sino por su frescor en el verano, y su carácter solejero en los inviernos.

Típicas son esas *colladas* animadas por potrencos y yegudas, siempre al cobijo de una ladera, en los meses de las nieves, sin más alimentos que *acebas y acebos*.

En cambio, *los collaos* suelen ser rellanos más pequeños, bastante más estrechos, a media ladera más bien, que sirven de paso entre vaguadas o vertientes, pero menos propicios para la estancia prolongada de ganados, en invierno sobre todo: hay más corrientes, más expuestos a los vientos..., menos sosegados (lat. *collem, cōllum*, ‘colina, cuello’).

Panda / Pando, Xerra / Xerru

Y como las *collás* frente a *los collaos*, *las pandas* frente a *los pandos*: un *pando* es en asturiano un rellano pequeño en alto, una ligera concavidad en la cima, que sirve también de paso.

Una *panda*, es un *pando* grande, una depresión marcada en la ladera, que da vista a varios valles a un tiempo (lat. *pan-dum/-am*, ‘cóncavo’). A veces, el sentido se traslada a la misma loma, a la parte convexa, precisamente (*La Pandona del Tiator-dos*, por ej.).

Lo mismo habría que decir de la distinción *sierra, xerra* frente a *sierru, xerru*: una *xerra* es toda una masa rocosa, amplia, alargada, buena para el pasto ganadero; frente a un simple peñasco aislado, sin uti-

lidad ganadera alguna, la mayoría de las veces inaccesibles hasta para las cabras más arriesgadas.

Y tantas otras formas espaciales de la montaña

Muchas otras palabras toponímicas señalan la misma capacidad espaciosa de lugares femeninos frente a sus correlatos masculinos.

Por citar algunos ejemplos más, sirven casos como *La Cueva, La Covacha, La Cuevona, La Caviyera...*, holgados lugares de paso por vaguadas pronunciadas, al resguardo de los vientos; o criptas más habitables para la estancia humana o animal, tal vez ya desde mucho antes que las propias construcciones de *teitos, pallozas o cabañas*.

Por el contrario, *El Cuevu, El Covayu, El Covechón...*, o no es habitable o es húmedo, malo, y muy poco hospitalario para la estancia prolongada.

Con las mismas referencias dimensionales y cualitativas, se ofrecen parajes como la *parea, la duerna, la toya, la fuexa, la praera...* (lugares al cobijo de la peña, hoyas...); frente a *paréu, duernu, fuexu, fueyu, toyu*, un simple *prau...* (siempre más exiguos, irregulares). Las mismas palabras *oxa* y *carba* (pastizales del común) pueden ocupar laderas completas, frente a *carbuetu, oxigu...*, simples rincones comparados con en dimensión y calidad. Hay abundantes topónimos para todas ellas.

El carácter sagrado de la peña

La misma *peña* tiene un sentido muy productivo entre vaqueros y pastores: *la*

peñe, la peñi, la pena, mantiene mucho tiempo a los animales en invierno y en verano: no es sólo la roca, ni mucho menos. Es mucho más que la caliza estéril. Como la *tierra*, la *peña* es mucho más que el simple roquedo.

La *peñe* –que dicen los cabraliegos– todo el monte con roca, yerba, matorral..., donde más dura el alimento, siempre reverdecido por la humedad de la caliza; y por el sabor de la *caliar*. Los animales prefieren, con mucho, las yerbas más cortas entre calizas, que las más espesas brotadas en la humedad fondera de las vegas. Dicen los ganaderos que tienen las raíces mucho más profundas: con más sustancias.

La *peña* es poco menos que sagrada para los lugareños de Amieva, Onís, Cangas, Cabrales...: viven de ella las cuatro estaciones del año. De ahí expresiones como *saber andar por la peñe, empenase, empayase, espeñase...*, y todo un léxico necesario para aprovechar y enfrentarse adecuadamente a las rocas:

*“Los cainejos no mueren:
se despeñan”*

-reza un conocido dicho sobre los habitantes de Caín.

Hasta tienen estudiadas y distribuidas los pastores de Ponga sus peñas para cada especie animal:

*“Ten y Pileñes,
buen par de peñes:
Ten, pa les cabres;
pa les oveyes, Pileñes”*

Por esto, tienen los pastores tan estudiadas las cualidades de las peñas, como

indican los adjetivos en cada caso: *Peña Mayor, Peña Llacia, Piedra Nidia, Piedra Bellida, Piedra Techa, Piedra Tsonga...* Y hasta las consideran como una totalidad, un conjunto unido: *Peña Rueda, Peña Redonda...*

Entre los pastores cabraliegos, *una redonda* es 'una piedra muy grande', frecuentemente aislada en una campa: mucho mayor que un *peñascu*. Y una *llambria*, la masa rocosa amplia y lisa, ni siquiera tiene correlato en masculino.

O tienen en las montañas a las rocas por santas, a las que invocan para que atraigan los rayos y dejen libres a pobladores, ganados y poblados en las tormentas: *Peña Taranes* (Ponga), *Piedra Xueves, Peña Sobia* (Teverga), *Peña Subes, La Penasca Xuviles, Penasca Valdediós, Brañadiós* (justo bajo una peña)..., en homenaje Júpiter y otros dioses protectores. Más discutible es el caso de *Peña Santa*.

Hasta los límites llevan nombre femenino

Sirvan *Piedra Fita, La Fitona, La Peña Escrita, Sierra Escrita...*, *La Raya*. No podía menos de ser femenina la *raya* que va creciendo cima a cima cualquier sierra limítrofe entre conceyos o regiones: esa amplia franja de pastos cimeros, origen de tantos conflictos por aguas vertientes, pero con ciertas concesiones por una y otra parte.

En ocasiones, en *La Raya* había pared por el medio y todo. Pero en otros parajes se trata simplemente de una zona amplia acordada, donde se intercambian libremente los ganados.

Abundantes son las *Piedra Fita* en cualquier toponimia regional: *Piedrafita de Parana, Piedrafita de Cármenes, Piedrafita de Babia, Piedrafita del Cebrero...* Montes enteros, puertos altos. En principio, parece que se se trataba de grandes piedras plantadas como para establecer ciertos límites administrativos, señoriales..., entre heredades o territorios vecinos.

Pero el hecho de que estas piedras siempre se encuentren en amplias cimas salientes hace pensar en algunas otras funciones también. Por ejemplo, en piedras plantadas en un descampado de forma que atrajeran los rayos en las tormentas y no se fueran a personas ni ganados (lat. **tĕram fictam**). Tal vez de ahí el dicho gallego:

*"Santa Bárbara bendita,
bota por riba a parafita";*

-la 'piedra plantada, clavada, fija'-.

En el caso de *Los Fitos*, muy abundantes también, se refieren a picachos aislados que hacían de límites en la cumbre; o a simples mojones pequeños y apuntados para separar los puertos: *Los Fitos del Tia-tordos, El Mirador del Fitu...* No son montes completos.

Leyendas de mujeres camino de las brañas

No podían faltar en las brañas topónimos con referencias concretas a pastoras o vaqueras. Numerosos mitos, leyendas, xanas, ninfas, diosas..., llegaron a estos mismos días en la memoria de muchos asturianos de montaña, en forma de *muyeres* más o menos imaginadas. Nos llevarían muy lejos también ahora.

Sólo citar algunos ejemplos de leyendas: *El Pozo las Mujeres Muertas* (en Allande); *El Picu Mucheiroso* (en Tineo); *El Picu la Mucher* (en Quirós); *El Vache la Muyerona*, *La Campa las Babianas* (en Lena)...

No por casualidad, las protagonistas del famoso *Pozo las Mujeres Muertas* han de ser *muyeres* (*mucheres*, entre los vaqueiros de alzada). Los lugareños de los pueblos altos de Allande tienen su interpretación para las *muyeres* y para *el pozu*: cuenta la voz oral que unas vaqueras de Luarca habían regresado por el invierno en busca de unas mantas y otros aperos que habían olvidado en las cabañas por el otoño.

Y de piedras mutsares, a mucheres y a muyeres

El caso es que una fuerte ventisca de nieve –continúa la voz popular– sorprendió a las *mucheres* en los altos del Candal (justo al paso de la carretera hoy), por lo que se resguardaron en el *pozu*. Las tormentas arreciaron por muchos días, de modo que allí quedaron congeladas, hasta que las encontraron en primavera, envueltas en las mantas que habían ido a buscar.

Ahí termina la leyenda, no con *mucheres*, por supuesto, sino con piedras *mutsares* (lat. *mōlles*) en una zona de explotación romana con abundante tradición de *minas de oro*, *tesoros...*: un tipo de piedras blanquecinas y blandas, transformadas fónicamente en *muyeres*, como un símbolo más de su fusión con la tierra hasta en lo alto de las montañas.

La Campa las Babianas

Otro tanto habría que decir del *Siirru*

las Babianas en las brañas lenenses: según la leyenda, otro par de mozas zagalas fueron sorprendidas por las ventiscas invernales en la braña de *Las Matas* (La Vachota).

Las tormentas arreciaron varias semanas, se desdibujó la senda en las dos direcciones del valle, de modo que sólo tras el invierno reaparecieron sus restos en la covacha de la serraspa. Allí floreció el topónimo, como un recuerdo más de otras dos brañeras fundidas para siempre con las *mayadas*.

La toponimia femenina: el otro homenaje silencioso de la montaña

La misma vida rural estaba animada desde *el alba* con imaginadas formas femeninas: *La Fuente las Xanas*, *El Alto las Xanas*, *La Peña les Xanes*, *El Picu Xana*, *El Desfiladeru las Xanas...*, en Santadrianu, Piloña, Lena, Mieres...

Y muchos oficios artesanos están representados en la toponimia de montaña con nombres femeninos: *Las Filaoras*, *Las Molineras*, *Las Texeoras*, *La Llavandera*, *Las Carboneras*, *La Teyera*, *La Ferrería*, *Ferrerías*, *La Calera*, *La Tsabanera*, *La Tintera...*

Unas veces, por referencia directa a las *muyeres* que ejercían un trabajo; otras, en alusión a la tierra que producía aquellas rebuscadas materias primas; otras, a una actividad, incluso, desarrollada por hombres. En todo caso, otra vez, lo productivo con morfemas femeninos.

Se diría que los nombres femeninos de los parajes quedaron profusamente tallados en el suelo como homenaje al trabajo silenciado de tantas *vaqueras* y *pastoras*,

que nunca pasaron a las crónicas, ni a los registros, ni a los libros parroquiales...

Como homenaje merecido al trabajo olvidado de tantas *coyeoras, recoyeoras, molineras, castañeras, llavanderas, sirvientas de señoritos y señores; o mozas preñadas, retazadas y solteras...* O *comadronas, nodrizas, amas de cría, amas de casa: amas de casa, no; más bien criadas*, replican las *muyeres* en mi *pueblu*.

El llamado género dimensional

Por todo lo visto, habría que deducir que, en esta relativa abundancia de topónimos femeninos, se trata de un caso más del género dimensional asturiano: *güerta / güertu; ventana / ventanu; cesta / cestu; cuerna / cuernu...*; aplicado en este caso al lenguaje del suelo.

Porque en la perspectiva de nativos, *la montaña, la tierra, las camperas, las vegas de los puertos, las brañas y las breñas, las palazanas, las veredas, las sombras y las lomas soleyeras, las cuevas, las madrigueras, las mismas entrañas de la tierra...*, fueron desde tiempo inmemorial palabras que llevan vida creativa hasta en los lemas y morfemas.

Una manipulación mal disimulada: el negocio del suelo y del lugar

Pero mientras el léxico rural y los topónimos con rostro femenino siguen ahí, todo un marquetizado lenguaje publicitario se empeña en buscar términos masculinos para el turismo programado desde un despacho cualquiera: *turismo rural, parque rural, parque natural, coto rural, paisaje protegido, centro de recursos, mirador, co-*

rredor, parador, merenderu, telesillas, tren de corredera, remontes, funiculares...

Escuchamos con insistencia la voz *parque* por todas partes: *Parque de Los Picos, Parque de Redes...* Es decir, simple lugar acotado para el paseo, para el recreo (eso es un parque). Y estamos a un paso de escuchar *Parking de Los Picos, Parking de Las Ubiñas*, como ya se generalizó *camping*, en lugar de *la acampada*, en rigor.

Y es que las palabras traicionan, muchas veces. Porque tal vez, el objetivo del *parque, el parking*, sea, ciertamente, el de convertirse un lugar exclusivo para el aparcamiento, el proyecto y el negocio del suelo (masculinos todos estos términos, por cierto).

Basta asomarse a cualquier braña o *mayada* reconvertida de esta forma. Por lo menos, algunos se inventaron con más inteligencia una *terra mítica*: la valoración de *la tierra*, una vez más. Aquí nos quedamos con la leyenda de un *legendarium*.

Hasta se eliminan los topónimos femeninos

Hasta cuando algunos se inventan nombres, lo hacen evitando los topónimos femeninos autóctonos: así inventan algunos mapas *El Negrón*, donde los lugareños dicen *La Penal Barral; El Valle del Sol*, donde siempre fue *La Ventosa; El Vízcares*, donde es *Les Vízcares* para los piloñeses; *Los Traviesos*, por *La Torre l'Alba* de los pastores cabraliegos; o *Cerreos*, donde dicen los vaqueros lenenses *Pena Cabello*.

Y tantas otras manipulaciones contaminantes como *El Gorrión, El Tubu, El*

Frailón..., completamente desconocidos entre los lugareños correspondientes. La toponimia femenina se destruye en los mapas también: debe sonar menos el viento en *El Valle del Sol* que en *La Ventosa*. O se quiere maquillar también el paraje con la magia engañosa de un nombre tan contrario a la naturaleza del lugar.

O con muchas otras fantasías y folletos antiecológicos, se debe querer divertir también a los turistas mirando *pal Picu'l Frailón*, cómodamente recostados en el autobús por *El Desfiladeru de Los Beyos*. También existe la *contaminación verbal*.

En fin, educación sobre el entorno, para empezar

Pues si hablamos de *educación, igualdad, desarrollo sostenible...*, habría que ser más perspicaces: por lo menos que no nos traicionen estadísticamente las palabras con el negocio insostenible de la *tierra*.

Hasta las sendas del *Monte Redes* quieren dejar al privilegio y a las *chirucas* de unos pocos. El resto a consumir *coca-colas* en el *merenderu*, y a jugar con los botes por la *praera alreor del aparcamientu*. Mejor sería *educar para las sendas* también, ya desde la escuela: pero esto es más difícil y resulta menos negocio rápido.

Terminemos con las sentidas palabras del indio Seattle, siglo y medio después en radiante actualidad: *enseñemos a nuestros hijos que la tierra es nuestra madre. Y que "todo lo que ocurra a la tierra les ocurrirá a los hijos de la tierra"*.

Muchas gracias.

